

VIDA DE SAN MAURO, OBISPO DE CESENA Y CONFESOR, DEL ORDEN DE SAN BENITO. (20 de enero) Con notas de Juan Bolland SJ

PRÓLOGO.

Deseando escribir algo para la gloria de nuestro Dios sobre el Beato Mauro, obispo, queremos satisfacer el deseo de los oyentes de tal manera que, según el modo de la relación ordenada, consultemos en todo a la verdad. En efecto, debe ser despreciado el copero que, mientras alardea de la abundancia de vino, también ofrece con temeridad punible la hez. Es un anfitrión deshonesto quien, con tanta ambición, prepara un banquete para otros, permitiendo que en sí mismo arda el incendio del hambre. Igualmente temerario es el narrador que, mientras se esfuerza por ensalzar a otros con alabanzas, no teme hundirse en el abismo de la falsedad. Algunos creen que honran a Dios si, para ofrecerle insignias de alabanza, componen argumentos de falsedad; quienes, si atendieran diligentemente a las palabras del insigne predicador, no pensarían así. Pues dice a los Corintios: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es vuestra fe; y nos hallamos como falsos testigos de Dios, porque hemos testificado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó" (I Cor. XV). Según estas palabras apostólicas, con razón se llama falso testigo de Dios a quien, deseando alabarlo indiscretamente, miente; y sin duda testifica contra Dios quien, en su alabanza, fabrica un comentario con arte perversa. El profeta también truena terriblemente, diciendo: "Odias a todos los que obran iniquidad, destruirás a los que hablan mentira" (Sal. V). Declarando manifiestamente que, así como es más leve odiar que destruir, también es más tolerable cometer iniquidad por debilidad que fabricar mentiras con estudio.

Por eso, Jeremías dice de los mentirosos: "Enseñaron sus lenguas a hablar mentira; se esforzaron por obrar iniquidad" (Jer. IX). Pues quienes podían fácilmente expresar la simple verdad ofrecida espontáneamente, se esfuerzan por inventar mentiras con trabajo. Si alguien nos reprocha por esta larga introducción, y el severo censor opone lo que está escrito en el libro de los Macabeos: "Es necio, dice, fluir antes de la historia, pero en la historia misma ceñirse" (II Mac. II); damos esta razón, porque, donde abunda la materia, la misma extensión del estilo prohíbe detenerse en tales cosas. Aquí, donde hay pocos hechos de las virtudes del beato varón que deban escribirse, consideramos más útil escribir contra la mentira en el prólogo para la edificación de los oyentes, a la que toda Escritura eclesiástica se dirige, que extender la historia misma a los límites de las mentiras por falta de narración.

Por lo tanto, lo que pudo llegar a nuestro conocimiento sobre la vida o los milagros del Beato Mauro, según la narración de algunos monjes no del todo despreciables, lo comunicamos fielmente a los fieles de Cristo.

CAPÍTULO PRIMERO. Episcopado de San Mauro. Hechos en él.

En aquel tiempo, cuando la Iglesia Romana extendía mucho más ampliamente sus derechos de posesión que ahora, y entre otras cosas también poseía la ciudad de Cesena, sucedió que la misma Cesena quedó privada de su obispo. Y cuando el pontífice romano vio que su sobrino, el beato Mauro, ascendía a altos grados de virtudes y vigilaba diligentemente en el estudio de la santa conversación, consideró conveniente promover a tal hombre al ápice del oficio sacerdotal, para que la lámpara del Espíritu Santo no permaneciera oculta bajo el celémín, sino que, colocada sobre el candelero, iluminara con los rayos de la sagrada doctrina a todos los que están en la casa de Dios. ¿Qué más? Finalmente, el beato Mauro, por disposición de la divina providencia, asumió la cátedra de la Iglesia de Cesena. Sin embargo, omitimos aquí los nombres del rey que entonces gobernaba o del mismo prelado apostólico, porque, junto

con aquellos que nos dictan lo demás, ignoramos esto igualmente. Pues afirman haber visto sus nombres en antiguos tomos, pero como la ciudad había sido consumida por las llamas, también dicen que los monumentos fueron consumidos junto con ella.

Cuando el varón de Dios, Mauro, vio que se le había impuesto la carga de tan arduo cuidado, como se lee de San Pablo (Gal. I), no consultó con carne y sangre, sino que comenzó a hacerse más vigilante en los servicios divinos, tanto más cuanto sabía que le incumbía la custodia de tantos súbditos. Considerando que el arte de las artes es el gobierno de las almas, juzgaba conveniente no disminuir el cuidado de los asuntos internos por la ocupación de los externos, ni tampoco declinar completamente la providencia de los externos por la preocupación de los internos: no sea que, dedicado a los externos, cayera completamente de los internos, o, ocupado solo en los internos, descuidara lo que debía a los prójimos en lo externo.

Pues a menudo algunos, como si olvidaran que han sido puestos sobre los hermanos por causa de las almas, sirven a las preocupaciones seculares con tal afán del corazón, que se alegran de realizarlas cuando están presentes: y cuando faltan, suspiran con los agitados pensamientos. Y cuando están en reposo, quizás por falta de oportunidad, se fatigan peor en su mismo reposo. Consideran placer ser oprimidos por las acciones, y trabajo no laborar en los negocios terrenales. Por el contrario, algunos asumen el cuidado del rebaño, pero desean tanto vacar a las cosas espirituales que no se ocupan en absoluto de las externas. Quienes, al descuidar completamente el cuidado de lo corporal, no atienden a las necesidades de los súbditos; cuya predicación a menudo es despreciada, porque, mientras reprenden los hechos de los delincuentes, pero no les dan lo necesario para la vida presente, no son escuchados con agrado. Pues la palabra de doctrina no penetra en la mente necesitada si no la recomienda la mano de la misericordia. Entonces la semilla de la palabra germina fácilmente cuando la piedad del predicador la riega en el corazón del oyente. Hablamos de los diversos modos de los pastores para mostrar cuán prudente y moderada fue la discreción en el beato Mauro. Quien, mientras no siguió el ocio de la vida contemplativa abandonando completamente la activa, ni por la fatiga de la activa discurriendo libremente se apartó de la contemplación, y, por así decirlo, penetró por el camino dorado a la altura del reino celestial.

Mientras residía en su obispado y gobernaba diligentemente la Iglesia que se le había confiado, comenzó a buscar con solícita indagación de mente un lugar donde pudiera retirarse por un tiempo de la multitud de los seculares y adherirse más especialmente a Dios; no siendo un perezoso imitador de su Señor, quien predicaba de día en las ciudades, pero de noche se dedicaba a la oración en el monte (Luc. XXI). Y mientras en días crecía más y más la preocupación de esta ansiedad, finalmente fijó su mirada en un pequeño promontorio, separado de la pequeña ciudad por casi cuatro estadios. Se llamaba el bosque de Spatiano, un lugar que no se elevaba a las alturas con cumbres abruptas, ni estaba completamente hundido en lo bajo, parecía igualarse a la planicie de un campo arable; pero estaba constituido en un cierto medio con un conveniente equilibrio, de modo que ofrecía a los que estaban sobre él la facultad de ver casi toda la diócesis, y no fatigaba a los que lo ascendían con declives demasiado empinados. Pues ese monte estaba cubierto por una densa arboleda de diversas especies. Este monte agradó tanto a la vista del santo varón, como si viera el monte de los Olivos junto a la ciudad de Jerusalén, y no sin razón podría haber cantado con el Profeta: "Me acordaré de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y de los Hermonitas, desde el monte pequeño" (Sal. XLI, 7); el cual monte primero pidió al pontífice romano, bajo cuya jurisdicción se encontraba, y luego se construyó allí una celda con una pequeña iglesia, donde permanecía en el tiempo de Cuaresma, dedicándose a los ayunos y oraciones, y siempre que podía sustraerse de los asuntos eclesiásticos, recurría a esa celda como a un banquete de dulces manjares. Allí,

en efecto, bebía el flujo de la divina contemplación con las ávidas fauces de su mente, de donde luego recreaba los áridos pechos de los prójimos con el cáliz de la santa predicación. Usaba ese lugar como un baño. Allí se ocupaba de lavar, si alguna mancha de palabra o pensamiento había contraído por la conversación con los hombres seculares; y el polvo de la conversación mundana, sin el cual no se recorre este camino de la mortalidad humana, lo expiaba allí con frecuentes fuentes de lágrimas. Ese lugar, que fue tan amado y familiar al santo varón en vida, también mereció ser señalado por su sepultura después de su muerte. Pues su cuerpo, colocado en un arca de piedra, fue depositado junto a la pequeña basílica que él mismo había construido.

CAPÍTULO II. Traslación del cuerpo; milagros.

Estas cosas que pudieron llegar a nuestro conocimiento sobre la vida del beato varón no fueron vistas por nuestros relatores, sino divulgadas por la célebre memoria de las generaciones sucesivas.

Un anciano muy antiguo, ya tembloroso por su cuerpo marchito, existió en nuestros tiempos recientes, quien testificaba haber visto al sobrino de este B. Mauro, a saber, Constancio, obispo de la Iglesia de Cesena. Pero como hemos relatado con estilo fluido lo que nos ha llegado a oír sobre la vida de B. Mauro, expliquemos ahora brevemente cómo el omnipotente Dios reveló sus méritos para la gloria de su nombre.

Ahora hay un célebre monasterio en el mencionado monte donde el varón de Dios solía orar, constituido en honor de la Beata Madre de Dios y Virgen, donde por antigua costumbre del pueblo se llama monte de Mauro, porque ese lugar no sin razón se adorna con el nombre del santo varón.

Cuando el arca donde se encerraba el cuerpo del beato varón, junto a la mencionada iglesia, se ocultaba por el creciente cúmulo de tierra, y apenas la cima de la piedra sobresalía a nivel del suelo, sucedió que un hombre, al llegar con letanías, al desatar el cordón de su sandalia, de repente puso el pie allí, y, sin sospechar nada, lo ató con seguridad. Con el talón atado, cuando ya quería irse, de ningún modo pudo mover el pie. Y aunque intentó durante mucho tiempo, y probando todo, se giró de un lado a otro, el pie permanecía inmóvil y parecía estar clavado a la piedra. El desdichado permanecía como reo de un crimen desconocido, y quien había querido atarse el cordón, lamentaba haber atado más bien su pie a la piedra. Quería estar de pie, pero no podía con un solo pie apoyado; deseaba yacer, pero no podía caer de su pie. Finalmente, con la repentina llegada de una multitud de gente, unos con mazos, otros con hachas, ansiosos cortaron parte de la piedra, y después de mucho esfuerzo apenas pudieron liberar al hombre de la piedra. Inmediatamente se levantó el clamor de la multitud jubilosa, se exaltó la maravillosa virtud de Dios, y se juzgó digno de reverencia el sepulcro de B. Mauro.

El mismo monje del mencionado monasterio, a saber, Teuzo, ya anciano y venerable por su misma canicie, de cuya relación aprendimos esto, relató otro milagro que no pasaremos en silencio. En una ocasión, el mismo hermano mencionado fue afligido por una aguda fiebre. Y aunque no pudo regresar al estado de salud con ningún cuidado medicinal, ni con ningún esfuerzo humano, B. Mauro se apareció en el silencio nocturno a una tía suya, una religiosa, es decir, una monja, y le dijo: Si quieres, dijo, que tu sobrino se recupere de la enfermedad que padece, anúnciale que coloque una señal de la santa cruz sobre mi sepultura, y que se comprometa a celebrar mi festividad durante todo el año. Y cuando él cumplió con gratitud el oráculo del beato varón, que conoció por el relato de la monja, tan pronto como fijó la cruz de hierro sobre el sepulcro, luego, con las entrañas conmovidas, vomitó precipitadamente, y así

inmediatamente expulsó toda la molestia de la fiebre ardiente, como si la hubiera expulsado con el mismo vómito; y ya completamente restablecido a su salud anterior, dio dignas gracias al Salvador Dios, y se preocupó por indicar a muchos el milagro de B. Mauro que había experimentado en sí mismo para la gloria del nombre de Dios.

Ya con la célebre fama de ambos signos volando entre el pueblo, comenzaron muchos a acudir devotamente a las sagradas reliquias del beato varón, y a encomendar atentamente sus almas a sus piadosos méritos; algunos también, sufriendo diversas incomodidades de salud, mientras bebían el polvo raspado del mármol sepulcral, o imploraban la misericordia del beato confesor con oraciones derramadas, regresaron sanos y salvos a sus hogares, cualquiera que fuera el vínculo de enfermedad que los atara. Verías los cuerpos sueltos de miserables enfermos llevados antes con ayuda ajena, quienes luego regresaban con gran júbilo y regocijo, restaurados a su salud anterior.

Y cuando con tantos milagros resplandecientes la fama de B. Mauro se hacía más célebre, y las virtudes que el Señor mostraba a través de él resonaban no solo en los lugares contiguos, sino también en los más lejanos, finalmente, convocados los obispos de las ciudades vecinas y confluyendo multitudes de pueblos de todas partes, se desenterró con diligencia la arca en la que se guardaban los patrocinos del beato varón, y, perforada la pared de la iglesia, se colocó entre el ábside y el altar con himnos y alabanzas con suma diligencia. Con el tiempo, la misma basílica se hizo más grande, y, como se ve en la actualidad, más festivamente decorada, donde, para declarar los méritos del beato confesor, se realizan muchos milagros hasta el día de hoy, operando Dios, de los cuales tocamos algunos, que aquellos que nos los refieren testifican haber visto.

CAPÍTULO III. Varios milagros en las reliquias.

El Papa Gerberto estaba acampado cerca de Cesena, y su ciudad estaba rodeada por ejércitos sitiadores. En ese tiempo, un rústico fue llevado al sepulcro de B. Mauro, oprimido por una doble aflicción de enfermedades, a saber, contraído y ciego; pero después de que se oró, tanto la luz perdida regresó a sus ojos, como la rigidez de los miembros fue liberada por el languor expulsado. Inmediatamente, viendo el hombre que había sido devuelto tan maravillosamente a la salud, como pudo, dando gracias, se entregó perpetuamente como siervo al beato Mauro, y se comprometió a permanecer en su servicio mientras viviera. Quien, disfrutando del don de la salud recibida durante casi una década, luego cedió débilmente a la fragilidad de la carne, y se unió a una esposa en un matrimonio no afortunado. Pues tan pronto como se entregó al placer de la lujuria, perdió completamente la luz de sus ojos, y permaneció en la misma ceguera mientras vivió. Y ciertamente era digno que quien, apartándose del derecho de B. Mauro, al que se había entregado, se sometió torpemente al yugo de la lujuria, perdiera el don con el que había sido enriquecido por el buen Señor: y quien cayó voluntariamente en las tinieblas interiores, involuntariamente incurriera en las exteriores.

En otra ocasión, una mujer poseída por un demonio fue llevada al altar del beato varón, a quien el espíritu pestilente había llenado de tal furia que, haciéndola su instrumento, profería muchas cosas sacrílegas e insanas por su boca, emitía voces terribles, y ladraba con frecuentes ladridos como un perro rabioso. Sin embargo, tres días después de haber sido llevada allí, vomitó sangre con un cierto ímpetu vehemente, y así expulsó al maligno espíritu que la poseía.

Otra mujer, más atenta de lo debido a la necesidad de su hacienda, no temió limpiar trigo en la festividad de San Rophillus; pero como no mostró la debida reverencia al beato confesor,

no escapó de la sentencia de una justa retribución. Pues inmediatamente, golpeada por el juicio divino, quedó rígida con los brazos contraídos, y comenzó a temblar miserablemente, como si aún se la viera aventando con el capisterio. Esta fue llevada ante el altar de B. Mauro, y en la mencionada solemnidad prometió insistentemente que nunca más haría tal cosa; inmediatamente la larguísima misericordia del omnipotente Dios acudió clementemente, y restauró completamente los brazos rígidos de la mujer a la libertad de su propio vigor.

Otra mujer sufría de flujo de sangre; y mientras era continuamente atormentada por una herida incurable, y probando esto y aquello no pudo encontrar ningún remedio de salud, finalmente, en extremas angustias, la necesidad misma encontró el consejo. Cubrió el mausoleo de B. Mauro con un lienzo limpio según su posibilidad, y así divinamente liberada, escapó completamente de toda molestia del languor lúgubre. En verdad, como dice el Apóstol: "Purificando sus corazones por la fe" (Hechos XV, 9), porque tocó el sepulcro del beato varón con un corazón puro, como con plena fe, mereció dignamente ser liberada de la inmundicia del flujo de sangre.

Otra mujer estaba tan contorsionada por la inmensidad de un languor violentísimo, que, con el orden de la naturaleza alterado, mantenía la boca hacia atrás y el cuello hacia adelante. Quien de manera similar colocó un lienzo sobre la memoria de B. Mauro, y de inmediato, recobrada la salud, la naturaleza restituyó a cada miembro su derecho, y templó los órganos de las arterias para mantener su propio vigor.

Otra mujer, habiendo perdido la vista, fue llevada desde las tierras de Aquitania, quien, conservando el genio de la animosidad gala, y rompiendo las palabras violentamente según la costumbre de su patria, testificaba obstinadamente que nunca se iría de allí, a menos que por los méritos de B. Mauro recuperara la luz que había perdido. Así, encendida con gran fervor de fe, construyó una pequeña cabaña junto a la pared de la iglesia, de modo que parecía más bien preparar una morada que un hospedaje. Y después de que se oró insistentemente durante ocho días, recibió la luz que buscaba por la gracia divina que la otorgaba, y dio dignas gracias a su iluminador Dios y a Mauro, su siervo.

Una multitud de la diócesis de Popilia se dirigía a los umbrales de B. Arduinus con el propósito de orar; y cuando tuvieron paso por el oratorio de B. Mauro, sucedió que una de esas mujeres, habiendo besado humildemente la rodilla del abad de ese monasterio, pidió permiso para continuar, quien, apenas habiendo avanzado el tiro de una flecha, fue inmediatamente arrebatada por un demonio, arrojada al suelo, sacudida, revolcada, y vomitaba mordazmente muchas injurias contra el mismo abad. Esta fue llevada ante el altar de B. Mauro, y no mucho después fue liberada por el poder de la divina virtud, de modo que, cuando sus compañeros regresaron, ya devuelta a sí misma, regresó sana y salva con ellos a su hogar.

Estas cosas, hermanos carísimos, sobre las virtudes que el omnipotente Señor se ha dignado obrar por medio de su beato confesor Mauro, hemos escrito brevemente, para incitar el celo de vuestra caridad a glorificar el poder de la divina majestad. Quien, mientras aún estamos en el camino, se digna mostrarnos la virtud de sus milagros, por estos nos invita y provoca a obtener la herencia de la patria celestial; como testifica el Salmista, quien dice: "Anunciará la virtud de sus obras a su pueblo, para darles la herencia de las naciones" (Sal. CX, 6, 7); para que, mientras vemos que los mismos sepulcros de los santos resplandecen con tantos milagros, no dudemos de la inmensa gloria de la que ya gozan con Cristo, para que, despreciando las cosas terrenales, nuestro ánimo se transfiera ya por el deseo a donde espera

gozar eternamente, y nuestro espíritu se dirija libremente a donde el emperador del cielo, Cristo, reina infablemente con los senadores de la corte celestial, a quien sea la gloria y el imperio con el Padre coeterno y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.